

LA PERSONALIDAD PSIQUICA

Profesor, Guillermo Uribe Cualla

En el ciclo de conferencias que en buena hora inició el Profesor Alfonso Esguerra Gómez como término de las labores del Curso de Fisiología que en el presente año ha tenido una actividad y extensión manifiestas, me ha tocado en turno espigar en algo siquiera un tema de difícil exposición y desarrollo, por lo complejo y delicado, pero que reviste importancia y trascendencia al solo enunciarlo, como es el estudio de la personalidad psíquica.

En el vasto campo de la fisiología habéis estudiado el funcionamiento normal del cuerpo humano, cómo esta máquina de estructura perfectísima cumple sus funciones a cabalidad en cada uno de los órganos, y así se admira ese centro motor del gran sistema circulatorio en que el músculo cardíaco con su sístole y diástole sincrónicas, lleva la cantidad de sangre necesaria a los tejidos para su nutrición y desarrollo; ya es el aparato respiratorio que con su sistema perfecto de laringe, tráquea, bronquios y pulmones, verifica la función esencial de la vida, como es la respiración, pues todo lo que vive respira, y es necesario que el oxígeno se fije a la hemoglobina de la sangre para que por conducto de este formidable vehículo vaya a fijarse a todos los elementos anatómicos, para saciar su natural avidez para tan precioso elemento. Ya se contempla el aparato gastro-intestinal donde el mecanismo de los órganos que lo integran, desarrollan una de las funciones de mayor importancia en la economía como es la digestión, transformación y asimilación de las sustancias alimenticias.

Se conoce el papel del órgano neutralizador de todos los venenos que se producen en el organismo, como es el hígado, cuyo funcionamiento normal y completo, es indispensable para que exista la completa salud en el individuo. Se destaca el aparato urogenital, que tanto en el hombre como en la mujer, desempeña el maravilloso mecanismo de asegurar por sus emuntorios la eliminación constante de todos aquellos productos tóxicos que al retenerse, producen los diversos estados de auto-intoxicación, que estudia la patología; y por las glándulas sexuales asegura la conservación de la especie humana a base de la procreación, fuera de las secreciones hormonales que presiden la feminidad y masculinidad secundarias. Y qué decir del trascendental estudio del sistema nervioso central y

periférico que con su ritmo constante dirige los fenómenos reflejos, y controla con preponderancia innegable los de la inteligencia.

Ha sido siempre motivo de árduas investigaciones de los científicos, el penetrar en ese arcano misterioso que se ha llamado el alma humana. Y por más que se investigue y se quiera sondear en las reconditeces de la fisiología, no se ha podido definir ese principio vital que dirige todas las operaciones de los seres que viven y que con magnífico empeño los sostiene desde que nacen, se reproducen y terminan. Y el asunto se torna gigantesco cuando se trata de averiguar cómo se producen los actos intelectuales que dan conciencia al individuo, y lo colocan por encima de los seres inertes, o simplemente animales desprovistos de razón. Para los que sostenemos la existencia del espíritu, como el principio sustancial que informa la materia en todas y cada una de sus partes, es relativamente sencillo el problema de la unión íntima entre todos los elementos que constituyen el compuesto humano y las fuerzas espirituales; mas esto no quiere decir en ninguna manera que no sea necesaria una trabazón íntima entre uno y otras, y un perfecto estado de funcionamiento de sus órganos y aparatos, para que los fenómenos intelectuales se manifiesten en todo su vigor y normalidad. Nadie puede desconocer la influencia colosal que tiene sobre el desarrollo de la inteligencia y de sus atributos, el estado normal o anormal del cuerpo humano.

El estudio de la personalidad psíquica es de suyo difícil y complejo, no puede descartarse el influjo imponderable del espíritu que informa, por así decirlo, integralmente el compuesto humano, pero también quién será osado a negar los múltiples factores de orden somático que intervienen en su evolución y desarrollo? Es evidente que la inteligencia humana no se desarrolla por saltos, sino que tiene un proceso lento y una elaboración complicada que es necesario observar en todo momento.

¿Y quién ha dicho que todos los individuos tienen una misma personalidad psíquica? Si precisamente la ciencia nos está demostrando cómo la semejanza que existe de una persona a otra físicamente, también encierra en sí una desigualdad en sus funciones intelectivas. ¿Acaso en los problemas de la identificación no vemos que la dactiloscopia comprueba que los dibujos papilares no son iguales de un individuo a otro, y precisamente esa semejanza permanente e inmodificable es la base científica de su posible identificación? Pues otro tanto demuestran los estudios de la biotipología, que han llegado a clasificar a las personas en distintos tipos morfológicos, diferentes los unos a los otros, y que casi nunca se encuentran puros sino en mezcla o combinación, del mismo modo hoy existe la tendencia a estudiar el psiquismo de los individuos por sus caracteres o constituciones, y que forman la personalidad in-

nata, casi siempre persistente, no sin dejar de reconocer la existencia de factores externos o fenotípicos, que producen hasta cierto punto lo que se ha denominado la personalidad adquirida. Por lo tanto pudiera afirmarse, sin caer en un probable error, que es casi un postulado científico la desemejanza tanto física como psíquica de los individuos.

Como se ve, es el tema que esbozo apenas, apasionante en extremo.

Disposiciones psíquicas.—Se entiende por disposición psíquica, un conjunto de caracteres generales, que posee la persona desde que nace, que se manifiestan desde cuando alborea la vida psíquica, y que siendo permanentes constituyen la personalidad innata desde el punto de vista de la vida afectiva. Es lo que se llama un carácter o temperamento.

Avidez.—Es la tendencia natural o el deseo de progreso y adelanto tanto en cuestiones de orden moral como material.

Es un deseo vehemente de no quedarse estacionado, cosa que se desarrolla desde niño, y que va aumentando en proporción, en la juventud y en la madurez. Pero es claro que no en todos los individuos se perfila de igual modo, porque en unos se exagera bastante, y llega a producir los avaros, los interesados, los insatisfechos, los logreros, cuando su deseo es acumular bienes materiales; y vendrán los orgullosos, los megalómanos, cuando su deseo es exagerado en obtener honores o triunfos morales. En otros esta tendencia se atrofia, y suprimida del todo la avidez, se forman los desinteresados, los modestos, apocados, inhibidos, etc. Es natural que dentro de estas oscilaciones exageradas o atenuadas, se encontrará lo normal, pero habrá casos en que su hipertrofia es tan excepcionalmente intensa que toca las fronteras de lo patológico, viniendo a formar ya lo que se llama una constitución psicopática, que en este caso sería la "paranoica", que tiene como notas salientes el orgullo desmesurado, la desconfianza, la falsedad de juicio, y la inadaptabilidad. Como su yo se ha hipertrofiado, creen merecer más ante la sociedad, y observando que no tienen los éxitos deseados, que sus planes fracasan, que sus deseos exagerados no se cumplen, viene la desconfianza para con los demás, y al no comprender que sus pocos resultados son debidos a deficiencias de sus capacidades, sólo atribuyen todo al medio que los rodea, valla infranqueable contra la cual reaccionan (surgen algunas ideas persecutorias), presentándose la falsedad en sus juicios, el absurdo en sus interpretaciones y deducciones, siendo por consiguiente desadaptados en el medio social en que viven y sus actividades se agitan.

Esta simple constitución paranoica viene a ser un terreno para que al hipertrofiarse, coincidiendo con una causa tóxica, u otra

cualquiera, se pueda desarrollar una psicosis paranoica (de interpretación o de reivindicación).

Por aquí se puede comprender cómo una tendencia psíquica de aidez cuando permanece en su justo medio, y va por los cauces naturales, no solamente no es un defecto, sino una cualidad, que produce bajo ese acicate noble el sabio, el científico, el potentado, el investigador; mas cuando ella se exagera, puede llevar a la avaricia, y en su hipertrofia patológica ir a la constitución paranoica, y aun a la psicosis. También su atrofia, conduce al extremo opuesto, como sería la desidia, la inactividad, la dejadez, la inhibición, la abulia.

La bondad.— Esta disposición afectiva, es muy natural, y se caracteriza por la tendencia a amar a nuestros parientes y semejantes; es un sentimiento extensivo de filantropía, se manifiesta por la gratitud, el agradecimiento, la generosidad. Cuando hay atrofia de ella, viene el desafecto, el egoísmo; por satisfacer un capricho o un deseo personal se sacrifica toda amistad, todo sentimiento. Su atrofia exagerada y congénita, motiva la llamada constitución perversa que se aprecia en el niño por su desobediencia, indisciplina, rencor, crueldad. Sus dos notas principales son, según Regis: “la amoralidad y el desafecto”, y también, según Dupre, “la irreductibilidad de las tendencias perversas reveladas por la reincidencia incesante en la falta, la imposibilidad de la enmienda del culpable, en una palabra, en la incorregibilidad del perverso”. También los biólogos y psiquiatras, y entre ellos Estapé, le dan el nombre de constitución criminaloide, “fórmula psicopatológica congénita o adquirida, cuyo núcleo fundamental es la amoralidad o sea la falta de adaptación a la moral ambiente, en un momento dado de la evolución social, económica y política”. Esta constitución puede permanecer estacionaria o evolucionar bajo la influencia de factores exógenos o endógenos hasta llegar a la psicosis criminal o perversa, o sea la locura moral o *moral insanity* de los ingleses. Su forma estacionaria, es el estado potencial o latente para la delincuencia, o criminaloidea, que corresponde a la criminalidad latente de Max Well. En esta constitución se observa con frecuencia la deficiencia de una o varias glándulas, en especial del tiroides, y de las glándulas genitales.

La constitución psicopática criminaloide se caracteriza por la amoralidad, impulsividad, inafectividad, egocentrismo, prejuicios, orgullo y vanidad criminal (erostratismo), inadaptabilidad, tendencia a la incorregibilidad y a las reacciones antisociales.

En los delinquentes, es común el hipertiroidismo y el hiperpituarismo, con signos evidentes de alteraciones de la secreción interna genital. El desarrollo exagerado del esqueleto, especialmente

de los maxilares y del zigoma, que les da a veces un aspecto patibulario o fascineroso, y el tamaño de las manos y de los pies, son manifestaciones somáticas del individuo con hiperfuncionamiento congénito o adquirido de la hipófisis, de importante relación con las funciones psíquicas. En los individuos pasionales o impulsivos, pueden verse los estigmas del hipertiroidismo comprobados por la hipertriosis total, el exagerado desarrollo de los cabellos. En las mujeres criminales, abundan los caracteres de la masculinidad, disovarismo, con hiperfuncionamiento del lóbulo anterior de la hipófisis y de las cápsulas suprarrenales.

Por aquí puede deducirse de la enorme importancia que tiene el estudio de la personalidad psíquica del niño, porque si tan sólo está esbozada la constitución perversa, por atrofia de la bondad en grado tenue, pudiera instalarse una terapéutica psico-pedagógica a fin de modificar esta tendencia, procurando cultivar los afectos, la generosidad, la gratitud, produciendo un ambiente propicio a la moralidad y a los buenos instintos, y hasta un tratamiento médico en los casos de perturbaciones endocríneas. En esta forma pudiera crearse una constitución adquirida que contrarreste las predisposiciones innatas al delito y a la perversidad. En cambio, un abandono sobre el particular, y un ambiente amoral y pernicioso, son adecuados para que estas tendencias anormales cristalicen en una psicosis criminal.

Es claro que una predisposición bondadosa exagerada también puede traer consecuencias funestas en la sociedad, y producir los elementos débiles, instrumentos de los fuertes y dominadores, incapaces de actitudes erguidas, y responsables muchas veces de los desvíos de los hijos y de los males sociales que se presentan por condescendencias, laxitudes y abusos de la libertad mal entendida. No se debe por lo tanto dominarse en el niño ciertas altiveces, siempre que no lleguen a la altanería, para no producir esclavos o lacayos, cuando su armadura erecta y varonil, bien orientada, pudo obtener hombres correctos, obedientes y sumisos, pero también enérgicos, libres y respetables ante la sociedad.

Sociabilidad.—Es natural en el individuo la tendencia a reunirse en sociedad, puesto que el aislamiento y la soledad, no son actitudes propias del ser humano, y para activar esas relaciones debe haber una disposición o facultad de atraer hacia nosotros el interés de los demás, de conquistar su simpatía o benevolencia, y que es opuesta a la disposición bondadosa, que procura ofrendar su simpatía e interés a los demás. Esta sociabilidad es tendencia necesaria para la vida de las colectividades, que no sería posible, sin hábitos de cortesía, de relaciones amistosas y de decoro. Su exageración hace a la mujer coqueta, para hacerse atractiva y singular,

y al hombre puede llevarlo en ocasiones a la charlatanería cuando desea atraer a las multitudes y conseguir determinados fines, y conduce a veces a la ironía y la broma, cuando se desea explotar ese capítulo haciéndose simpático e interesante en sus intervenciones. También la atrofia de la sociabilidad puede traer graves inconvenientes, puesto que produce fácilmente la ruda franqueza o el cinismo, acaba con las normas elementales de cultura, y produce sin duda el mal comportamiento ante los extraños, prodigándose las palabras gruesas y disonantes, que son inaceptables en las normales relaciones de sociedad.

La hipertrofia de la sociabilidad lleva a veces a la mitomanía, porque ante el deseo de aparecer más interesantes ante los demás, viene el disimulo, se acude a la mentira, habiendo un exagerado desacuerdo entre lo que sentimos y lo que exteriorizamos.

Existen variados matices de individuos sociales, como son los aduladores, amables, disimulados, fingidos, corteses, y los verdaderos mitómanos.

La constitución mitomaniaca la describe así Dupré: "Es una variedad de desequilibrio psíquico caracterizado por la tendencia a alterar la verdad, por propensión a la mentira, al fingimiento, al disimulo, tendencia nativa, casi impulsiva, a disfrazar los hechos, y a forjar mentiras, noveleñas y mitos por medio de palabras, de actitudes y gestos". La experiencia demuestra cómo en la segunda infancia es poco menos que espontánea y natural la tendencia a decir mentiras, que viene a ser producto de una fantasía imaginativa muy activa y sin control, y donde predomina más que todo la vida afectiva. De aquí que en esta época el niño es esencialmente sugestionable, y fácilmente disimula, habla con convicción, desorienta a todo aquel que quiera darle valor a todas sus narraciones novelescas e irreales. Desde un principio se destaca esa predisposición, porque si bien es cierto que todo infante es más o menos mitómano, siempre se acentúa aquella tendencia cuando se hace psicopática, al paso que en el individuo normal aquello se atenúa lentamente llegando a desaparecer, en el psicópata se exagera, se enriquece en sus matices, y puede en su hipertrofia culminar en una psicosis mitomaniaca como la que se presenta en el histerismo, que no es sino una simple mitomanía con síndromes patológicos.

Actividad.—Litré define la actividad diciendo que es "la potestad o virtud de obrar... diligencia". Todos los individuos tienen no sólo la facultad de obrar, sino la necesidad de hacer o de obrar. Puede decirse que no existe ningún momento de la existencia que no marque algún índice de una actividad o de un obrar más o menos acentuado. Hasta en el curso del sueño hay una acti-

vidad vegetativa constante, y aun cierto grado de actividad psíquica, que se revela en sueños a veces muy complicados, ya que según muchos, parece que en estos momentos de reposo se perfecciona la asimilación de las ideas adquiridas en el estado de vigilia. Cuántas veces al despertar se experimenta fatiga mental, y en un momento dado parece que una concepción se hiciera más lúcida y aceptable, después de transcurrido el sueño, lo cual explica el proverbio francés de "que la noche trae el consejo", y que en español equivale: "a la consulta frecuente con la almohada". Puede afirmarse que la actividad es una fuerza interior, verdadera energía potencial, ya que no sólo se es activo por los actos que se realizan, sino por la posibilidad de su ejecución. Y no todas las personas poseen la misma actividad; unas son muy dinámicas, otras de mediana actividad, y otras de ninguna actividad. La actividad intensa manifiesta agitación, exuberancia, expansibilidad, mientras que la hipoactividad se revela por lentitud, molicie, abandono, indiferencia, dejadez, incuria, en una palabra la inercia completa.

La experiencia demuestra cómo el individuo activo es casi siempre alegre, optimista, emprendedor, y cómo tiene una buena cenestesia, su carácter se hace festivo, eufórico, satisfecho, invitándolo a poner en marcha su especial dinamismo; al contrario el sujeto hipoactivo es triste, más o menos pesimista, abúlico, sin iniciativas, y como tiene una defectuosa cenestesia, su carácter es apocado, melancólico, inconforme, y con tendencia a la impotencia funcional.

Esta diferencia en la actividad se acentúa de una persona a otra, y aún en un mismo individuo son muy variables las etapas de su capacidad para obrar, cambia con las horas del día, con el estado de su salud, con los fenómenos del tiempo, con las circunstancias familiares o económicas, etc. Está dentro de lo normal esas bajas y esas altas de la actividad, en un individuo. Mas lo que forma ya una constitución ciclotímica, es la extremada exageración de estos excesos o defectos, yendo o bien a una hiperactividad exagerada, o a una hipoactividad extrema. Así que el ciclotímico ya es un hiperactivo, ya es un hipo-activo, puede pasar de uno al otro estado sin causa aparente, o por motivos nimios, y en todo caso es incapaz de mantenerse en el justo medio de su actividad funcional, y esto es lo que precisamente constituye su desequilibrio físico. Dentro de esta ciclotimia, se observa el péndulo oscilante que va de la hiperactividad a la hipoactividad, con crisis más o menos marcadas; pero también encontrándose los excitados constitucionales donde predomina la hiperactividad, y los deprimidos constitucionales, donde predomina la hipoactividad.

Ahora bien, cuando la tendencia ciclotímica se hipertrofia en el curso de la vida, puede desarrollarse una verdadera psicopatía,

como cuando la excitación es muy intensa y surge la psicosis maníaca, con hiperactividad intelectual, agitación motriz y exaltación del humor. O cuando la depresión se acentúa, cristaliza la melancolía, con hipoactividad, tendencia al estupor, depresión, flojedad intelectual, inercia motriz, tristeza o ansiedad, y puede culminar el proceso en la psicosis maníaco deprésica o psicosis periódica.

Emotividad.— La sensibilidad o impresionabilidad, es la forma como se manifiesta en el individuo el fenómeno de la emoción. Los distintos accidentes de la vida ponen de manifiesto esta natural disposición a reaccionar psíquicamente ante los estímulos del medio exterior, y que corresponden a un sufrimiento, un peligro, un obstáculo, o una satisfacción. Considerándose como modalidades de la emoción, el entristecerse, amedrentarse, irritarse, entrar en regocijo o reírse. Es evidente que toda persona normalmente se emociona según las circunstancias, como cuando presenta un examen, recibe una mala noticia, conoce un triunfo inesperado, al sufrir una ofensa grave, etc.

Dentro de la normalidad existe el individuo nervioso, sensible, e impresionable, que por sus reacciones emotivas se preocupa por las situaciones difíciles, defiende su honor, se impresiona por los fracasos, se estimula en el cumplimiento del deber, y en cambio el no emotivo, o anestésico, es frío, apático, indiferente, que en algunas ocasiones de la vida, puede tener serenidad y control; pero cuando aquello es exagerado, constituye la insensibilidad, perjudicial para los propios intereses y los de los asociados.

Cuando está hipertrofiado en forma muy exagerada la emotividad, se tiene la constitución hiperemotiva, que consiste en un desequilibrio caracterizado a la vez por la exageración difusa de la sensibilidad y la insuficiencia o incapacidad de la inhibición motriz (refleja y voluntaria), y en virtud del cual el organismo corresponde a las excitaciones exteriores con reacciones anormales, que se distinguen por su vivacidad, duración y extensión inusitadas. Ya vimos cómo todo individuo es más o menos emotivo, ante los choques de orden físico o psíquico, pero en el hiperemotivo sus reacciones son de mayor intensidad, duración, y persistencia, y generalmente desproporcionadas a las causas productoras. La hiperemotividad se manifiesta aparte de las reacciones psíquicas por signos objetivos como la exageración de los reflejos normales que provocan las emociones un poco intensas, reflejos musculares, (temblor, vivacidad, y aumento de amplitud de los reflejos tendinosos a la percusión), reflejos circulatorios (accesos de rubor y palidez, palpitations cardíacas), y reflejos secretorios (sudores, lágrimas).

Hay hiperemotivos cuyas reacciones no se ponen de manifiesto porque tienen cierto control y aparecen como serenos y calma-

dos, siendo en su interior nerviosos y sensibles, y otros tienen una constitución emotiva latente, por no haberse presentado ninguna ocasión propicia para que se manifieste.

Son los hiperemotivos los que pueden llegar al suicidio en una de sus tremendas crisis, y es también en éstos donde germinan las pasiones más violentas y sostenidas, siendo los más frecuentes protagonistas de los crímenes pasionales.

Y cuando esta constitución se hipertrofia en grado apreciable, se presenta la psicosis hiperemotiva o enfermedad de Dupré cuyos principales accidentes por difusión motriz con predominios regionales, son: la tartamudez, laringitis estridulosa, afonías, asma, dispepsia nerviosa, entero-neurosis muco-membranosa, poliuria y polaquiuria, temblores, hiperhidrosis, taquicardias diversas, falso angor. Por derivación de sobrecarga motriz: agitación subansiosa, Tics. Por explosión de dicha sobrecarga: crisis nerviosas, impulsiones. Por exagerada necesidad de certidumbre: obsesiones, dudas, escrúpulos, fobias, diversas. Por mecanismo del reflejo condicional: anomalías sexuales. Actos delictivos de naturaleza emotiva. Cleptomanía.

LA PERSONALIDAD ADQUIRIDA

Ya vimos cómo las predisposiciones hereditarias son las que fundamentan la constitución innata del individuo, son las que por su conjunto forman la personalidad psíquica, puede decirse que son los cimientos de la fábrica que ha de levantarse en el espacio bajo una arquitectura determinada, pero que puede tener modificaciones de adaptación al contacto con el medio ambiente, del mismo modo que la construcción arquitectónica sufre cambios accidentales en su forma, colores, ornamentación, que le dan aspecto diferente en cuanto a su perspectiva, apesar de que se conserve el plano primitivo y su base de sustentación permanezca inalterable. Por aquí se comprende cómo el recuerdo de los actos ejecutados y la repetición de los mismos, producen el hábito, que va creando una segunda constitución que es capaz de limar las aristas, de limitar las expansiones exageradas, y que cuando no se hipertrofia hasta llegar a lo psicopático, la educación, el ejemplo, la cultura, son capaces de adaptar al individuo al medio en que vive, y presentar una persona normal con libre voluntad y determinación, a pesar del lastre más o menos desviado que le venga por herencia. Es claro que su personalidad innata ha permanecido en sus lineamientos generales, por aquello de que genio y figura hasta la sepultura, pero esto no obsta para que en los detalles de comportamiento se neutralicen algunas exageraciones, se modifiquen los instintos desviados, y puedan conservarse en un justo medio de

normalidad. Es pues, trascendental conocer en el niño a su debido tiempo cuáles son sus inclinaciones naturales para orientarlas en sentido equilibrado, y cómo este papel lo pueden desempeñar en un principio los propios padres, y más tarde la intervención del pedagogo y del maestro en la escuela, completarán con tacto y celo especiales, una labor educativa y orientadora que tiene proyecciones definitivas en la consolidación de una personalidad útil y benéfica para la sociedad.

El profesor Alejandro Raitzín, de la Facultad de Medicina de Buenos Aires, al hablar del prejuicio constitucional hace los siguientes comentarios, muy oportunos y de indudable actualidad: "Incurren en este prejuicio los que consideran la normalidad como una cuestión de fondo constitucional, endógena exclusivamente, sin advertir hasta qué punto es también formal, aparente, externa, compuesta por el individuo e impuesta por las circunstancias especiales de su vida. Si bien depende en gran parte, de su propia realidad biológica y de la organización estructurada naturalmente por la constitución individual, existe siempre en la normalidad un amplio margen de acción que si bien se desarrolla en forma sistemática, no obedece sin embargo a la propia estructura, sino al hábito, la cultura, la educación y a diversos factores esencialmente circunstanciales. No se puede dudar de que exista una normalidad constitucional —como existe indudablemente una genialidad, una degeneración y una criminalidad constitucional— pero la constitución es a veces sólo un ínfimo cánevas, sobre el que la realidad externa va bordando, casi sola, toda la figura de la normalidad individual. Asignar exclusivamente a la cuenta de la constitución la tarea fundamental de modelar la normalidad, es un error de apreciación. La constitución por sí sola es generalmente insuficiente e incapaz de formar y de mantener la normalidad en la dura forja de la vida. Por otra parte es un prejuicio evidente querer limitar y estructurar la personalidad humana según el molde rígido e inmutable de una constitución fija. La normalidad se desenvuelve en general por encima e independientemente de la constitución. Es más fenotípica, o aparente, que genotípica o constitucional, aun cuando puede estar acondicionada por sus propios factores. Así como la anormalidad y la enfermedad no son siempre estados equivalentes de la degeneración —porque éstos obedecen a factores exógenos— también la normalidad puede ser el resultado de factores ajenos a la constitución.

Las distintas clases y categorías de normalidad que es dable encontrar son en su mayor parte un producto formado por la incubación fortuita de las circunstancias personales y del ambiente, y no como pretenden algunos constitucionalistas y biotipólogos, el resultado de una inmutable estructura individual genotípica.

La normalidad de un individuo es en buena parte una figura compuesta por las circunstancias, el resultado fenotípico o aparente, de la proyección de aquéllas sobre el individuo. La parte de ente natural que hay en éste queda cubierta en su mayor parte por las mil piezas diferentes que constituyen a ese ser artificial que es generalmente un hombre normal.

A ese respecto cabe repetir esta aguda observación de un gran periodista: "Hay quienes son personajes en la calle y personas en su casa. Por eso se dice atinadamente que no hay personajes para los ayudas de cámara. Algunas personas saben la clase de personajes que quieren ser, y siguen el camino de sacrificio necesario para lograrlo. Otros son impulsados como un navío a la deriva, por las circunstancias. Y en muchos, el personaje acaba devorando a la persona". También el "personaje normal suele devorar a muchas personas".

Como se comprenderá fácilmente el prejuicio constitucional es también un resultado de la proyección immoderada de los constitucionalistas sobre el criterio normativo. No es posible ver en la normalidad una simple constelación de elementos estructurados de un modo especial. Este es un concepto cómodo por su simplicidad; pero la normalidad carece, en realidad de una estructura que pueda compararse con los mecanismos de estructuración química. En ella todo es proteiforme, múltiple, complejo, y ni siquiera su base biológica misma puede ser definida por una fórmula.

MORFOLOGIA Y PSIQUISMO

Los estudios modernos de biotipología han demostrado que existe una relación íntima entre los caracteres morfológicos y los psíquicos y mentales. Por lo tanto para estudiar caracteriológicamente a un individuo hay que estudiarlo en su estructura somática. Viola considera tres tipos fundamentales: dos extremos, uno medio y cuatro secundarios.

1º—Normotipo (normo-líneo o normo-esplácnico): tronco igual a los miembros, tórax igual al abdomen.

2º—Braquitipo (brevilíneo o megaloesplácnico): tronco mayor que los miembros. Abdomen mayor que el tórax.

3º—Longitipo (longíneo o macrosplácnico): tronco menor que los miembros. Abdomen menor que el tórax.

4º—Paracentral superior: tronco (+) igual miembros (+).

5º—Paracentral inferior: tronco —igual miembros—.

6º—Atlético: se aproxima a la megaloesplacnia, a las formas paracentrales o a las mixtas, jamás a los longitipos.

7°—Asténico: se aproxima a la microesplacnia, al paracentral inferior, a los mixtos, nunca a los braquítipos.

Krestchmer hace la siguiente clasificación:

<i>Ciclotímicos</i>	1°—Hipomaníacos: alegres y vivaces. 2°—Sintónicos: realistas y prácticos; humoristas satisfechos.
<i>Tipo corporal pícnico</i>	Depresivos.
<i>Esquizotímicos</i>	1°—Hiperestésico: nerviosos, excitables, sujetos de vida interior, sensibles, idealistas.
<i>Tipo corporal: leptosomático y atlético.</i>	2°—Esquizotímicos intermedios: enérgicos, fríos, tenaces, sistemáticos, aristocráticos, flemáticos. 3°—Anestésicos: fríos, nerviosos, flemáticos, originales, indolentes, desafectivos, vagabundos, apáticos.

TEMPERAMENTOS

Los trabajos recientes comprueban que los temperamentos son mixtos, destacándose uno sobre los demás y lo cual da un relieve especial a la personalidad.

Temperamento hipertiroideo.—En general son tipos armoniosos, elegantes, longilíneos, flacos, delicocéfalos, con cabellos abundantes, de implantación baja; piernas largas; ojos grandes y salientes, vivos y brillantes; nariz recta, labios finos, fisonomía expresiva; dientes blancos y fuertes; órganos de los sentidos especialmente la vista, el oído y el olfato, vivos y agudos, de reacciones rápidas. Psíquicamente son ágiles de pensamiento, y de palabra; inquietos y emotivos; impulsividad y sensibilidad exageradas; alterna el entusiasmo y la tristeza. Predomina en ellos el tónus simpático; el calcio sobre el potasio; toleran los hidratos de carbono; el metabolismo de las grasas es activo; su metabolismo basal es superior a lo normal. Este temperamento corresponde a la constitución hiperemotiva.

Temperamento hipotiroideo.—Es el inverso al anterior; son brevilíneos, cráneo pequeño, y braquicéfalo, rostro alargado e inexpresivo; cabellos escasos y lisos; ojos pequeños y enoftálmicos; nariz corta; boca grande; lengua voluminosa; mala dentadura; ojos inexpresivos; movimientos lentos: Psíquicamente son lentos en sus reacciones; bradipsiquismo; apáticos, optimistas, con tendencia al reposo y a la somnolencia. Predomina en ellos el tonus vagal; lo que explica su hipersecreción digestiva; constipación espasmódica; hipertonia bronquial y estado asmatiforme; tendencia a los cata-

cambio se distinguen por la vivacidad y rapidez intelectual, por la facilidad en las percepciones, imaginación creadora y gran emotividad.

La hipersecreción tiroidiana se acompaña de mayor emotividad tanto para el miedo como para las reacciones coléricas. Según los endocrinólogos las mujeres tienen un tiroides más excitable que el del hombre, y por esto son más susceptibles al miedo y a la ira. Según Pende, la inestabilidad femenina tiene base fisiológica en el eretismo funcional de la glándula tiroides. A una crisis de hipertiroidismo agudo sigue una faz de hipotiroidismo con claras señales de agotamiento y depresión. Existe también íntima conexión funcional entre el cuerpo tiroides y las cápsulas suprarrenales. En los estados intensos de emoción, de miedo o de cólera, ambas glándulas se encuentran en hipersecreción.

Glándulas sexuales.—La función de las glándulas genitales es básica no sólo para la diferenciación de los sexos, sino para el desarrollo físico, psíquico e intelectual. Se ha dicho que la inteligencia es proporcional a la eficiencia hormono-sexual. Los hombres de gran talento y que han llegado a una edad avanzada en pleno dominio de sus facultades intelectuales, demuestran también una plenitud de virilidad. “La historia de los grandes hombres dice Pende, comprueba que la mayor potencia del genio y los mejores descubrimientos coinciden con el período de mayor virilidad, y que los tipos genitales cuyo cerebro ha producido aun a edad avanzada como Cervantes, Goethe, Víctor Hugo, Metchinikoff, fueron también aquellos cuya función viril se prolongó en una edad avanzada. Algunos consideran el genio creador como un carácter masculino sexual secundario.

En los hombres de genio la hiperfunción tiroidiana genital puede presentarse en casos patológicos asociada a un disfuncionamiento de las glándulas hipofisarias, paratiroides y suprarrenales. Y a ese desparalelismo hormonal-funcional atribuyen Pende y Moebius, ciertas aberraciones morales, excentricidades, inestabilidad de carácter, y aun algunas psicopatías de varios individuos geniales. También se acusan ciertos atributos masculinos en algunas mujeres que llaman la atención por ciertas obras de valor real.

Hipófisis (glándula pituitaria). Con relación a la hipófisis, su íntima conexión con las funciones cerebrales, su insuficiencia puede determinar en el período de crecimiento, puerilismo psíquico, carácter caprichoso, incapacidad para la inhibición, tendencia a las perversiones morales. También la deficiencia hipofisaria puede ocasionar fenómenos epileptoides y aun accesos de epilepsia motora o psíquica. Y los individuos con hiperfunción hipofisaria son eufóricos y optimistas, pero poco sensibles en su afectividad.

Termino con esta pequeña introducción al estudio de la biotipología y endocrinología que constituyen poderosos auxiliares, aunque no los únicos, para la investigación de la personalidad psíquica en los tiempos modernos.
